

do aquel por menor daño que el no saber andar. De esa manera se ha Dios con nosotros: *Et ego quasi nutritius Ephraim*. Osee, XI, v. 3. No tiene Dios en nada esas caídas y faltas que á vos os parece que haceis, en comparacion del provecho que de las tentaciones se sigue.

De la santa virgen Gertrudis cuenta Bloisio, c. 4 *Monilis spiritualis*, que afligiéndose y reprendiéndose ella mucho por un defecto pequeño que tenia, deseó y pidió á Dios que se le quitase del todo. Y respondióle el Señor con mucha blandura y suavidad: ¿Para qué quieres que yo sea privado de grande honra, y tú de grande premio? Porque cada vez que reconociendo ese defecto, ú otro semejante, propones de evitarle de ahí adelante, ganas grande premio; y cada vez que procura uno vencer sus defectos por mi amor, me honra á mí tanto, cuanto un soldado á su rey cuando por él pelea varonilmente en la guerra contra sus enemigos, y los procura vencer.

CAPÍTULO VIII.

Que los Santos y siervos de Dios no solamente no se entristecian con las tentaciones, antes se holgaban por el provecho que con ellas sentian.

Por estos bienes y provechos grandes que se siguen de las tentaciones, los Santos y siervos de Dios, no solamente no se entriste-

cian con ellas, antes se holgaban, conforme á aquello del apóstol Santiago, I, v. 2: *Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationes varias incideritis*: Hermanos míos, cuando os viéreis en diversas tentaciones, tenedlo por grande ganancia, y holgaos mucho con eso. Y el apóstol san Pablo, escribiendo á los romanos, v, v. 3, dice: *Non solum autem, sed et gloriamur in tribulationibus: scientes quod tribulatio patientiam operatur: patientia autem probationem; probatio vero spem*: No solamente llevamos las tentaciones y trabajos con paciencia, sino gloriámonos en ellas, y llevámoslas con gozo y regocijo; porque sabemos que en ellas se muestra la paciencia, y en esa paciencia se prueba uno, y esa prueba da grandes esperanzas. De esta manera declara tambien san Gregorio, lib. 8 Mor., cap. 1, aquello de Job, VII, v. 4: *Si dormiero, dicam, quando consurgam? Et rursum expectabo vesperam*. Por la tarde, que esperaba, entiende san Gregorio la tentacion. Y nota que la deseaba el santo Job como cosa buena y provechosa: *Expectamus enim prospera, et formidamus adversa*: Porque las cosas buenas y prósperas decimos que las esperamos, y las malas y dañosas que las tememos. Pues porque tenia el santo Job la tentacion por cosa que le convenia, y le era buena y provechosa, por eso dice que la esperaba.

San Doroteo, doctrina 13, trae á este propósito aquel ejemplo que

se cuenta en el Prado espiritual de un discípulo de uno de aquellos Padres antiguos, el cual era combatido del espíritu de la fornicacion, y él, favoreciéndole la gracia del Señor, resistia varonilmente á sus malos y súcios pensamientos, y para mortificarse ayunaba, estaba mucho tiempo en oracion, y maltrataba su cuerpo con la obra de sus manos. Como su santo maestro le vió en tanto trabajo, dijole: Si quieres, hijo mio, rogaré al Señor que te libre de este combate. Á esto respondiò el discípulo: Bien veo, padre, que es grande trabajo el que padezco; mas con todo eso siento que por causa de esta tentacion me aprovecho mas, porque acudo mas á Dios con la oracion y con la mortificacion y penitencia. Y así lo que te suplico es, ruegues á Dios me dé paciencia y fortaleza para sufrir este trabajo y salir de él vencedor, limpio y sin reprehension alguna. Mucho se holgó el santo viejo de oír esta respuesta, y dijo: Ahora entiendo, hijo, que vas aprovechando en el camino de la perfeccion, porque cuando uno es combatido de algun vicio, y él procura resistir varonilmente, anda humillado, y solícito y congojado, y con estas aflicciones y trabajos se va poco á poco purgando y purificando el alma, hasta llegar á una puridad y perfeccion muy grande.

De otro santo monje cuenta san Doroteo (1), que porque le quitó Dios una tentacion que tenia

se entristeció, y llorando decia amorosamente á Dios: Señor, ¿que no fuí yo digno de padecer, y ser affigido y atribulado algun tanto por vuestro amor?

San Juan Clímaco (1) cuenta de san Efren, que viéndose en altísimo estado de paz y tranquilidad, á la cual llamaba él cielo terrenal é impassibilidad, rogaba á Dios que le volviese y renovase las batallas antiguas de sus tentaciones, por no perder la ocasion y materia de merecer y labrar su corona. Y de otro santo monje (2) cuenta Paladio, que vino un dia al abad Pastor, y dijole: Ya Dios me ha quitado las peleas, y dádom paz, porque se lo he rogado. Dijo Pastor: Vuelve á Dios, y pídele que te vuelva tus peleas, porque no te hagas negligente. Fué al Señor, y dijole lo que Pastor decia. Respondióle Dios que tenia su maestro razon, y volvióle sus tentaciones. En confirmacion de esto vemos que el apóstol san Pablo, cuando pidió ser libre de la tentacion, no fue oido, sino respondióle el Señor: *Sufficit tibi gratia mea; nam virtus in infirmitate perficitur*. II ad Cor. XII, v. 9. Bástate mi gracia, porque en la tentacion se perficiona y se echa de ver la virtud.

(1) Climac. cap. 19.

(2) Del abad Juan Breve.

(1) Doroth. ubi supra.

CAPÍTULO IX.

Que en las tentaciones es uno enseñado, no solamente para sí, sino para otros.

Traen consigo las tentaciones otro provecho muy grande y muy importante para los que tratan de ayudar á los prójimos, y es, que en ellas es un alma muy enseñada, no solamente para sí, sino para otros; porque experimenta en sí lo que despues ha de ver en los que ha de tratar y enderezar. Vase uno ejercitando en la milicia espiritual, y va advirtiéndolo con atención las entradas y salidas del demonio, con lo cual se aprende el magisterio espiritual para guiar almas, porque la experiencia enseña mucho; y de ahí vino el proverbio: No hay mejor cirujano que el bien acuchillado. Así como el andar por el mundo hace á los hombres rasgados, prácticos y experimentados: *Qui navigant mare, enarrent pericula ejus*; así también lo hacen las tentaciones: y por eso dijo el Sábio: *Qui non est tentatus, quid scit?* Eccli. xxxiv, v. 9. El que no ha sido tentado, ¿qué puede saber? Ni para sí, ni para otro sabrá: *Vir in multis expertus, cogitabit multa; qui non est expertus, pauca recognoscit*, Eccli. xxxiv, v. 9; pero el hombre ejercitado y experimentado, ese sabrá mucho, y será hombre de muchos medios. El que estuviere bien curtido en estas guerras espirituales

será buen pastor. Pues para eso quiere también el Señor que tengamos tentaciones, para que quedemos enseñados y diestros en el magisterio espiritual de guiar y enderezar almas.

Declarando mas esto, quiere también el Señor que seamos tentados, para que, cuando viéremos á nuestro hermano tentado y afligido, sepamos tener compasión de él. Así como acá en lo corporal aprovecha mucho el haber tenido uno enfermedades y achaques para compadecerse despues de los que los tienen, y saberles acudir con caridad y amor; así es también en lo espiritual.

Cuentá Casiano (1), que un monje mancebo y muy religioso era muy tentado de tentaciones deshonestas, y fué á otro monje viejo, y declaróle llanamente todas aquellas tentaciones y movimientos malos que padecía, pensando que hallaría consuelo y remedio en sus oraciones y consejos; pero acontecióle muy al revés, porque el viejo éralo solo en los años, y no en la prudencia y discreción; y oyendo las tentaciones del mancebo se comenzó á espantar y santiguar, y dióle una buena mano, reprendiéndole con palabras muy ásperas, llamándole desdichado y miserable, y diciéndole que era indigno del nombre de monje, pues tales cosas pasaban por él. Al fin le envió tan desconsolado con

(1) Cassianus, collat. 2; Abbat. Moysi, cap. 13.

sus reprehensiones, que el pobre monje, en lugar de salir curado, salió mas llagado, con tan grande tristeza, desconfianza y desesperación, que ya no pensaba ni trataba del remedio de su tentación, sino de ponerla por obra; tanto, que tomaba ya el camino de la ciudad con esa determinación é intento. Encontróle acaso el abad Apolo, que era uno de los Padres mas santos y mas experimentados que allí había; y en habiéndole conocido en su semblante y disposición que tenía alguna grave tentación, comenzó con grande blandura á preguntarle qué sentía, y qué era la causa de la turbación y tristeza que mostraba. El mancebo estaba tan embebecido en sus imaginaciones, que no respondió palabra. El viejo, viendo que la tristeza y turbación era tan grande que no le dejaba hablar, y que quería encubrir la causa de ella, importunóle con mucho amor y suavidad que se la dijese. Al fin, importunado, dícele claramente que pues no podía ser monje, ni refrenar las tentaciones y movimientos de la carne, conforme á lo que le había dicho tal viejo, que había determinado de dejar el monasterio, y volverse al mundo y casarse. Entonces el santo viejo Apolo comiéndole á consolar y animar, diciéndole que él también tenía cada día aquellas tentaciones, que no por eso se había de espantar ni desconfiar; porque estas cosas no se ven ni desechan tanto con nuestro

trabajo, como con la gracia y misericordia de Dios. Finalmente, pídele que si quiera por un día se detenga, y se torne á su celda, y que allí pida á Dios luz y remedio de su necesidad. Y como fue tan breve el plazo que pidió, alcanzólo de él, y alcanzado, vase el abad Apolo á la ermita ó celda del viejo que le había reprendido, y ya que llegaba cerca, pónese en oración, é hincadas las rodillas, y levantadas las manos, y con lágrimas en sus ojos, comenzó á rogar á Dios: Señor, que sabéis las fuerzas y flaqueza de cada uno, y sois médico piadoso de las almas, pasad la tentación de aquel mancebo á este viejo, para que sepa si quiera en la vejez compadecerse de las flaquezas y trabajos de los mozos. Apenas había él acabado esta oración, cuando vió que un negrillo muy feo estaba tirando una saeta de fuego á la celda de aquel viejo, con la cual herido el viejo, salió luego de la celda, y andaba como loco, saliéndose y volviéndose á entrar; y al fin, no pudiendo sosegar ni quietarse en la celda, tomó el camino que llevaba el otro mancebo para la ciudad. El abad Apolo, que estaba á la mira, y por lo que había visto entendía su intención, llegóse á él, y preguntale: ¿Á dónde vas, y qué es la causa ó tentación que te hace que, olvidado de la gravedad y madurez que pide tu edad, antes con tanta priesa é inquietud? Él confundido y avergonzado con su mala conciencia, entendió que

había conocido su tentacion, y no tuvo boca para responder. Entonces toma la mano el santo Abad, y comiéndale á dar doctrina: Vuélvete, dice, á tu celda, y entiende que hasta aquí el demonio no te conocía y no hacia caso de tí, pues no peleaba contigo, como él suele hacer con aquellos de quien tiene envidia: en eso conocerás tu poca virtud, pues al cabo de tantos años que eres monje no pudiste resistir á una tentacion, ni aun sufrirla y aguardarla siquiera un solo dia, sino que luego al punto te dejaste vencer, y la ibas ya á poner por obra. Entiende que por esto ha permitido el Señor que te venga esta tentacion, para que siquiera en la vejez sepas compadecerte de las enfermedades y tentaciones de los otros, y aprendas por experiencia que los has de enviar consolados y animados, y no desesperados, como hiciste con aquel mancebo que vino á tí, al cual sin duda el demonio acometia con estas tentaciones, y te dejaba á tí, porque tenia mas envidia de su virtud y de su aprovechamiento que del tuyo, y le parecia que una virtud tan fuerte con fuertes y vehementes tentaciones habia de ser contrastada. Pues aprende de aquí adelante de tí á saber compadecerte de los otros, y á dar la mano al que va á caer, y ayudarle á levantar con palabras blandas y amorosas, y no ayudarle á caer con palabras ásperas y desabridas, conforme á aquello de Isaías, I, v. 4: *Domini-*

nus dedit mihi linguam eruditam, ut sciam sustentare eum, qui læsus est verbo: Dios me ha dado prudencia y discrecion para que sepa animar y sustentar al que ha caido; y conforme al ejemplo de Nuestro Salvador, del cual dice el mismo Isaías, XLII, v. 3, y lo trae el evangelista san Mateo, XII, v. 20: *Calamum quassatum non conteret, et lignum fumigans non extinguet*: La pluma cascada no la acabará de quebrar, y la torcida que estaba humeando no la acabará de apagar. Concluyó el santo viejo diciendo: Y porque ninguno puede apagar ni reprimir los movimientos y encendimientos de la carne, si no es con el favor y gracia del Señor, hagamos oracion á Dios, pidiéndole que te libre de esta tentacion; porque él es el que hiere y el que sana, el que humilla y ensalza, el que mortifica y vivifica. Pónese el Santo en oracion, y así como por su oracion le vino la tentacion, así tambien por ella se la quitó luego el Señor; y con esto quedaron remediados y enseñados, así el mozo como el viejo.

CAPÍTULO X.

Comiènzase á tratar de los remedios contra las tentaciones, y primeramente del ánimo, esfuerzo y alegría que tenemos de tener en ellas.

De cætero, fratres, confortamini in Domino, et in potentia virtu-

tis ejus: induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli. Ad Ephes. VI, v. 10. Hermanos míos, dice el apóstol san Pablo, confortaos en el Señor, y en la potencia de su virtud. Armaos de Dios para que podais resistir y tener fuerte contra las asechanzas del demonio. El bienaventurado san Antonio, varon muy ejercitado y experimentado en estas guerras y batallas espirituales, solia decir que uno de los principales medios para vencer á nuestro enemigo era mostrar ánimo, esfuerzo y alegría en las tentaciones; porque con eso luego él se entristece y desmaya, y pierde la esperanza de podernos dañar. Nuestro santo Padre (1) en el libro de los Ejercicios espirituales pone una regla y documento muy bueno á este propósito: dice que el demonio nuestro enemigo se ha con nosotros en las tentaciones como se ha una mujer cuando riñe con algun hombre, que si ve que el hombre la resiste y muestra pecho, luego ella se amilana, y vuelve las espaldas y huye; pero si siente en el hombre pusilanimidad y cobardía, luego ella se engrie, y toma de allí mas atrevimiento y osadía, y se hace un tigre. Así el demonio, cuando nos tienta, si nosotros le mostramos pecho y brio, y resistimos varonilmente á sus tentaciones, luego desmaya y se da por vencido; pero si siente en nosotros

(1) S. Ignat. lib. de Exercit. spirit. regul. 12 ad motus animæ discernendos.

pusilanimidad y desmayo, entonces cobra mayor brio y fortaleza, y se hace un tigre y un leon contra nosotros. Y así dice el apóstol Santiago, IV, v. 7: *Resistite diabolo, et fugiet à vobis*: Haced rostro al demonio, resistidle con ánimo y esfuerzo, y huirá de vosotros. Confirma esto san Gregorio, I. 5 Moral., c. 17, con aquello de la Escritura en el libro de Job, IV, v. 11, donde, segun los Setenta, llama al demonio: *Myrmicaleon, id est, leo et formica*: Es leon de las hormigas; pero si vos le mostrais fortaleza de leon, será una hormiga para vos. Por esto nos aconsejan los Santos que en las tentaciones no nos entristezcamos, porque nos harémos cobardes y pusilánimes; sino que peleemos con alegría, como dice la sagrada Escritura de Judas Macabeo, y sus hermanos y compañeros: *Et præliabantur prælium Israel cum lætitia*. I Machab. III, v. 2. Peleaban las batallas de Israel con grande alegría, y así vencian.

Y hay otra razon para esto; que como los demonios son tan envidiosos de nuestro bien, nuestra alegría les atormenta y da pena, y nuestra tristeza y pusilanimidad los alegra; y así aunque no fuese sino por eso, habíamos de procurar no mostrar pusilanimidad ni tristeza, por no darles ese contento, sino mostrar mucho ánimo y alegría para hacerlos rabiar con eso. Cuentan las historias eclesiásticas de los santos Mártires, que una de

las cosas con que hacian rabiar á los tiranos, y con que ellos atormentaban mas á los tiranos, que los tiranos á ellos, era con el ánimo y fortaleza que mostraban en los tormentos. Pues de esa manera nos habemos de haber nosotros con los demonios en las tentaciones, para hacerlos rabiar y que queden corridos. Por ser este medio tan principal para vencer las tentaciones y salir con victoria y triunfo de nuestros enemigos, irémos diciendo en los capítulos siguientes algunas cosas que nos ayudarán á tener este ánimo y esfuerzo en ellas.

CAPÍTULO XI.

Cuán poco es lo que el demonio puede contra nosotros.

Ayudarános, y no poco, para tener ánimo y esfuerzo en las tentaciones, considerar la flaqueza de nuestros enemigos, y cuán poco puede el demonio contra nosotros; pues no nos puede hacer caer en pecado ninguno, si nosotros no queremos. Dice muy bien san Bernardo: *Videte fratres, quam debilis est hostis noster, qui non vincit nisi volentem*: Mirad y advertid, hermanos míos, cuán flaco es nuestro enemigo, pues no puede vencer sino al que quiere ser vencido. Si cuando uno va á la guerra á pelear contra su enemigo estuviese cierto que si él quisiese vencería, y que en su mano estaba la

victoria, ¿qué contento llevaría? Sin duda muy grande; porque iría cierto de ella, pues de sí está cierto que quiere vencer, y no ser vencido. Pues de esta manera podemos ir nosotros á pelear con el demonio; porque estamos ciertos que no nos puede vencer, si nosotros no queremos ser vencidos. San Jerónimo, *sup. iv Matth., v. 1*, notó esto muy bien, sobre aquellas palabras que el demonio dijo á Cristo nuestro Señor, cuando puesto en el pináculo del templo le tentó, persuadiéndole que se echase de allí abajo: *Mitte te deorsum*, Matth. iv, v. 6, y dice san Jerónimo: *Vox diaboli est, qui semper omnes cadere deorsum desiderat*: Esa es voz del demonio, que desea que todos se echen y caigan abajo: *Persuadere potest, precipitare non potest*: El demonio os puede persuadir que os echéis, mas no os puede él echar, si vos no queréis. Échate de ahí abajo, dice el demonio cuando os tienta, échate en el infierno. Decidle vos: Échate tú, que sabes ya el camino, que yo no me quiero echar. Pues si vos no queréis, él no os puede echar; si vos no queréis ir al infierno, él no os puede llevar allá. Andaba uno muy afligido, y ya muy consumido y gastado con una tentación del demonio que le decia interiormente: Ahórcate. Díjole un religioso, á quien se declaró: Hermano, ¿eso no ha de ser queriendo vos? Pues decidle: No quiero; y avisadme de aquí á ocho dias cómo os va, y se le quitó con aque-

llo la tentación, y volvió á dar las gracias al confesor que tal remedio le habia dado. Pues este es el medio que ahora vamos dando.

Concuera bien con esto lo que dice san Agustin, serm. 176 de temp.: Hermanos míos, antes de la venida de Cristo el demonio andaba suelto; pero viniendo él al mundo, ató al demonio, que se habia hecho fuerte en él, como dice el sagrado Evangelio, Matth. xii, v. 29, y lo vió san Juan en el Apocalipsi, xx, v. 1: *Et vidi Angelum descendentem de celo, habentem clavem abyssi, et catenam magnam in manu sua. Et apprehendit draconem serpentem antiquum, qui est diabolus, et Sathanas, et ligavit eum per annos mille, et misit eum in abyssum, et clausit, et signavit super illum, ut non seducat amplius gentes, donec consumentur mille anni. Et post hæc oportet illum solvi modico tempore*. Dice san Agustin sobre este lugar, que este atar al demonio es no le dejar ni permitir que haga todo el mal que él podia y queria, si le dejaran tentando y engañando á los hombres de mil maneras exquisitas. Cuando venga el Anticristo le darán alguna mas licencia; mas ahora está muy atado. Pero diréis: si está atado, ¿cómo prevalece y hace tanto mal? Es verdad, dice san Agustin, que prevalece y hace mucho daño; pero eso es en los descuidados y negligentes, porque el demonio está atado como perro con cadenas, y no puede morder á nadie, sino es al que se quiere llegar á él:

Latrare potest, sollicitare potest, mordere omnino non potest, nisi volentem. Aug. lib. 8 de Civ. c. 8. Ladrar puede, y provocar y solicitar á mal; pero no puede morder ni hacer mal sino al que se le quisiere llegar. Pues así como seria necio y os reiríais y haríais burla del hombre que se dejase morder de perro que está amarrado fuertemente con una cadena; así, dice san Agustin, merece que se rian y hagan burla de ellos los que se dejan morder y ser vencidos del demonio, pues está atado y amarrado fuertemente como perro rabioso, y no puede hacer mal sino á los que se quieren llegar: vos os lo quisisteis, pues os llegásteis á él para que os mordiese; que él no puede llegar á vos ni haceros caer en culpa alguna, si vos no queréis; y así podeis hacer burla de él. Y declara san Agustin á este propósito aquello del salmo ciii, v. 26: *Draco iste, quem formasti ad illudendum ei*: Este dragon que criásteis, Señor, para que hiciésemos burla de él. ¿No habeis visto como hacen burla de un perro ó de un oso atado, y se van á jugar y pasar tiempo con él los muchachos? Pues así podeis hacer burla del demonio cuando os trae las tentaciones, y llamarle de perro, y decirle: Anda, miserable, que estás atado, no puedes morder, no puedes hacer mas de ladrar.

Quando al bienaventurado san Antonio le aparecieron los demonios en diversas formas espantables

en figura de fieros animales, como leones, tigres, toros, serpientes y escorpiones, cercándole y amenazándole con sus uñas, dientes, bramidos y silbos temerosos, que parecía le querían ya tragar, el Santo hacia burla de ellos, y decíales: Si tuviéseis algunas fuerzas, uno solo de vosotros bastaría para pelear con un hombre; mas porque sois flacos, procurais juntaros á una mucha canalla, para poner miedo con eso. Si el Señor os ha dado poder sobre mí, me veis aquí, tragadme; mas si no le teneis, ¿para qué trabajais en balde? Así podemos hacer nosotros; porque despues que Dios se hizo hombre, ya no tiene fuerzas el demonio, como él mismo lo confesó á san Antonio, el cual respondió: Al Señor se dén gracias por eso, que aunque eres padre de mentiras, en esto dices verdad, porque el mismo Cristo nos lo dice: *Confidite, ego vici mundum*. Joan. xvi, v. 33. Ya yo he vencido y librado al mundo de la sujecion y poderío del demonio, por eso tened ánimo y confianza. *Deo autem gratias, qui dedit nobis victoriam per Dominum nostrum Jesum Christum*. I ad Cor. xv, v. 47. Gracias infinitas sean dadas al Señor, que por Cristo nos ha concedido esta victoria.

CAPÍTULO XII.

Que nos ha de dar grande ánimo y esfuerzo para pelear en las tentaciones considerar que nos está mirando Dios.

Ayudarános tambien mucho para tener grande ánimo y esfuerzo en las tentaciones, y pelear varonilmente en ellas, considerar que nos está mirando Dios como peleamos. Cuando un buen soldado está en campo peleando contra sus enemigos, y echa de ver que el emperador ó capitán general le está mirando y gustando de ver el ánimo con que pelea, cobra grande esfuerzo y bríos para pelear. Pues eso pasa en nuestras peleas espirituales en realidad de verdad. Y así cuando peleamos contra las tentaciones habemos de hacer cuenta que estamos en un teatro cerrados y rodeados de Ángeles, y de toda la corte celestial, que está á la mira esperando el suceso, y que el presidente y juez de nuestra lucha y pelea es el todopoderoso Dios; y es consideracion esta de los Santos, fundada en aquellas palabras del sagrado Evangelio: *Et ecce Angeli accesserunt, et ministrabant ei*. Matth. iv, v. 11. En aquella tentacion y batalla espiritual de Cristo con el demonio estaban los Ángeles á la mira, y en acabando de vencer, comenzaron á servirle y á cantarle la gala de la victoria. Y del bien-

aventurado san Antonio leemos, que siendo una vez réciamente azotado y acoceado de los demonios, alzando los ojos arriba, vió abrirse el techo de su celda, y entrar por allí un rayo de luz tan admirable, que con su presencia hubieron todos los demonios, y el dolor de las llagas le fue quitado; y con entrañables suspiros dijo al Señor, que entonces le apareció: ¿Dónde estabas, buen Jesús, dónde estabas cuando yo era tan maltratado de los enemigos? ¿Por qué no estuviste aquí al principio de la pelea para que la impidieras, y sanaras todas mis llagas? Á lo cual el Señor respondió diciendo: Antonio, aquí estuve desde el principio, mas estaba mirando cómo te habias en la pelea; y porque varonilmente peleaste, siempre te ayudaré, y te haré nombrado en la recondidez de la tierra. De manera que somos espectáculo de Dios, y de los Ángeles, y de toda la corte celestial. Pues ¿quién no se animará á pelear con esfuerzo y valentia delante del teatro?

Y mas, porque el mirar de Dios es ayudarnos, habemos de pasar en esto adelante, y considerar que no solamente nos está Dios mirando como juez, II Par. xvi, v. 9, para darnos premio y galardón si vencemos, sino tambien como padre y valedor para darnos favor y ayuda para que salgamos vencedores: *Oculi enim Domini contemplantur universam terram, et præbent fortitudinem. Quoniam à dextris est mihi ne com-*

movear. Psalm. xv, v. 9. En el cuarto libro de los Reyes cuenta la sagrada Escritura que envió el rey de Siria la fuerza de todo su ejército de carros y caballos sobre la ciudad de Dotain, donde estaba el profeta Eliseo, para prenderle; y levantándose de mañana su criado Giezi, viendo sobre sí tanta multitud, fué corriendo y dando voces á Eliseo, diciéndole lo que pasaba: *Heu, heu, heu, domine mi, quid faciemus?* IV Reg. vi, v. 15. Parecíale que ya eran perdidos. Dícele el Profeta: *Noli timere, plures enim nobiscum sunt, quam cum illis*: No temas, que mas son los que nos defienden á nosotros. Y pidió á Dios que le abriese los ojos para que lo viese. Ábrele Dios los ojos, y ve que todo el monte estaba lleno de caballerías y carros de fuego en su defensa, con lo cual quedó muy esforzado. Pues con esto lo habemos de quedar tambien nosotros. *Pone me iuxta te, et cujusvis manus pugnet contra me*, decia el santo Job, c. xvii, v. 3. Y el profeta Jeremías, c. xx, v. 11: *Dominus autem mecum est, quasi bellator fortis; idcirco qui persequuntur me cadent, et infirmi erunt: confundentur vehementer*: El Señor está conmigo, y como fuerte guerrero pelea por mí; no hay que temer los enemigos, porque sin duda caerán y quedarán confundidos.

San Jerónimo, sobre aquello del Profeta, Psalm. v, v. 13: *Domine, ut scuto bonæ voluntatis tuæ coronasti nos*: Señor, con el escudo de